

Solo la pasion de partido podia conceder mérito y oportunidad á aquella produccion poética que carecia de todo lo que constituye lo primero, y que respecto de la segunda, nadie podrá convenir en que la burla y el sarcasmo contra las creencias arraigadas en un pueblo, fuesen los medios mas eficaces de conciliacion en los instantes de la terminacion de la lucha y cuando aun una gran parte de los que abrigaban aquellas creencias, empuñaban las armas, dispuestos á defenderlas.

No observaban mas prudencia esos periodistas por lo que hacia referencia á los hombres que habian combatido en el bando conservador. El gobierno, comprendiendo que la templanza podria dar resultados favorables al afianzamiento de la paz y á que depusieran las armas los que por temor á medidas rigurosas las sustentaban, habia observado una conducta prudente y digna con los que se habian quedado en la capital, renunciando á toda persecucion, pero vigilándoles disimuladamente. Pero esta laudable conducta de los gobernantes, y con la cual se hubiera alcanzado el gran objeto de la paz, no le pareció así á una parte de la prensa que, opinando de distinta manera, excitó al rigor y á la persecucion, cuando apenas acababa de entrar en la capital el ejército constitucionalista. «Cesanya,» decia el 6 de Enero un periódico liberal, «las demostraciones de regocijo, las ovaciones populares pasan, y solo vive el pensamiento de la revolucion. Notamos en los semblantes de nuestros ciudadanos, en sus miradas y expresiones, cierta ansiedad que fácilmente pudiéramos

1861. traducir si los momentos no fueran tan solemnes para la patria. ¿Es disgusto el que

»existe? ¿Es desconfianza ó temor de no saber aprovechar las sangrientas lecciones del pasado? Quizá alguna de estas ideas es la que germina en la cabeza de algunos de nuestros correligionarios, pero que nadie se atreve aun á formular. No seremos nosotros por cierto los que nos callemos en circunstancias tan dificiles: nuestro silencio sería un crimen de consecuencias funestas, una traicion á nuestra conciencia, una cobardía indigna de todo demócrata. Tampoco censuraremos con la destemplada acritud del pedagogo: nuestras palabras son dictadas por la simpatía, por la solidaridad de causa, por principios de justicia.

»¿Ha concluido la revolucion? Francamente creemos que no; mas aun, nos parece que podia paralizarse al llegar á esta capital. Y si no es así ¿cómo nos esplicaremos la flagrante contradiccion que hay entre los actos de los Estados y la inesplicable lenidad de los encargados de la administracion? Mientras que en la mayor parte de los Estados vemos aplicar con severidad la ley, aquí, en el foco de todas las conspiraciones, de todos los motines, donde están refugiados ó escondidos todos ó la mayor parte, no solo de la sediccion escandalosa é inmoral de Tacubaya, la indulgencia raya en debilidad, sancionando con esa indiferencia la impunidad de todos los delitos.

»Es cierto que se han dictado ya algunas medidas que la moral pública reclamaba; pero hay otras mas urgentes aun, mas necesarias, mas indispensables. ¿Qué se ha hecho con los ministros, consejeros y demás funcionarios de la reaccion? ¿Qué disposicion se ha tomado contra los

»obispos sediciosos? ¿Cuál contra todos los perturbadores
 »de la paz pública? Hasta ahora no sabemos que se haya
 »procedido contra ninguno de los responsables de tanta
 »sangre, de tanta ruina y desolacion. Lejos de esto, pare-
 »ce que se quiere que nadie sea molestado, lo que en otros
 »términos significa que vamos á caer en la impunidad ab-
 »soluta.»

Ante los consejos de severidad indicados por la prensa, no era posible que se resolviesen á soltar las armas de la mano los que aun las conservaban, y D. Juan Vicario en el Sur, D. Tomás Mejía en la Sierra-Gorda, y D. Leonardo Márquez y D. Félix Zuloaga por distintos puntos, se disponian á luchar y á levantar gente para combatir contra los ejércitos de D. Benito Juarez. La imprudencia de esos exaltados periodistas, esterilizó muchas veces las ventajas conseguidas por la prudencia de algunos jefes constitucionalistas. Entre los casos en que el tono poco templado de la prensa destruyó, en parte, las ventajas alcanzadas sobre los conservadores por la prudencia y tino de ciertos generales juaristas, se contaba en aquellos dias el relativo al general conservador D. Felipe Chacon que defendia la ciudad de Puebla. Este militar, viendo establecido el gobierno liberal, y tratando de evitar á los habitantes de Puebla los horrores de un sitio que no hubiera dado por resultado mas que el aumento del número de víctimas de la guerra civil, convino en entregar el dia 4 de Enero la plaza á las fuerzas liberales, reconociendo sus tropas al gobierno de Juarez, quedando él libre para vivir tranquilamente en Méjico. Las autoridades liberales fueron leales á su promesa, y el general Chacon nada tuvo que sen-

tir de ellas; pero al leer diariamente en los periódicos, ofensivos ataques contra el ejército conservador y diatribas sin número contra los militares que habian combatido por el principio católico, se sintió herido en su amor propio, y en union de otros oficiales, marchó á engrosar las filas de Márquez y de Zuloaga el 30 del mismo Enero.

1861. Pero si esta imprudencia era sensible, por Enero. los malos efectos que producía, en algunos periódicos nacionales, en los extranjeros que se redactaban en la capital, era imperdonable. «L' Estafette» y el «Trait d' Union,» diarios franceses, no solo llegaban á inmiscuirse en los asuntos políticos y á excitar el castigo de los conservadores que habian figurado en la administracion, sino que llevaban su doctrina hasta zaherir acremente cualquiera publicacion que defendiese las ideas conservadoras. La prensa liberal, pronta á echar en cara á cualquier español la menor muestra de simple simpatía hácia el bando contrario, se deshacia en elogios respecto de los dos periódicos mencionados, juzgando conveniente y aun necesario que se mezclasen en la política. Que esos periódicos extranjeros de ideas liberales se creian con mas derecho para mezclarse en la política del país que cualquiera otro mejicano que participase de ideas conservadoras, lo demostraban la acritud con que atacaban las producciones de los periodistas que diferian de ellos en principios políticos. Habiendo aparecido el dia 5 de Enero un periódico conservador intitulado «El Pájaro Verde,» ocultando su propósito de fé, «L' Estafette,» no vaciló en dirigirle el siguiente párrafo. «El *Pájaro Verde* vacila en manifestar su color político. Por mas verde que se diga,

»ese pájaro tiene plumas negras: tiene—tal nos parece—
 »la misma enseña y las mismas ideas que un periódico
 »reaccionario de irritante memoria,» (alude al *Diario de*
»Avisos) «que la revolucion hizo desaparecer. *El Pájaro*
»Verde no ha podido ó no ha querido, en su primer nú-
 »mero, decirnos el secreto de su programa; pero todo el
 mundo lo adivina.»

Entre tanto que una parte de la prensa se ocupaba de pre-
 dicar las ideas de rigor contra los que habian militado en las
 filas conservadoras, Zuloaga habia llegado á Iguala con
 varios jefes y 400 hombres el 28 de Diciembre, para reu-
 nirse con Don Juan Vicario que se hallaba en aquella
 ciudad. Don Félix Zuloaga fué reconocido por las fuerzas
 conservadoras como presidente de la república; y D. Leo-
 nardo Márquez, Don Tomás Mejía y todos los generales y
 jefes de su partido le consideraron así desde la caída de
 Miramon, toda vez que éste se sabia que trataba de salir
 del país.

Una vez publicadas las leyes de reforma, se dió un de-
 creto el 5 de Enero, disponiendo que no saliese el Viático
 con la solemnidad y publicidad hasta allí acostumbrada.
 Desde la fecha mencionada se ordenó que marchase priva-
 damente y de modo que ningun destintivo especial deter-
 minase al sacerdote que lo llevaba. Respecto de los con-
 ventos que entraron al dominio nacional, el gobierno
 nombró los arquitectos que habian de dividirlos en lotes,
 valuarlos y trazar las calles que debian abrirse.

Todo esto afectó profundamente al pueblo que creia ver
 en cada disposicion de aquellas un ataque á la religion
 que profesaba, manifestando claramente su desaprobacion

y su disgusto. La prensa liberal se ocupó en querer pa-
 tentizar que de ninguna manera afectaban á la religion
 las providencias dictadas, y *El Monitor Republicano* de-
 cia con este motivo lo siguiente: «Diremos que desna-
 »turalizan completamente la idea de la gran revolucion
 »social porque vamos atravesando, los que creen que las
 »leyes dictadas hasta hoy, tienen por objeto atacar á cla-
 »ses determinadas. Las grandes leyes de desmortizacion
 »y nacionalizacion de bienes de manos muertas, no son
 »medidas dictadas en razon á que el clero y las corpora-
 »ciones eclesiásticas se oponian al progreso, á la libertad,
 1861. »á la ilustracion de la república: son el desar-
 Enero. »rollo del importante principio económico de
 »la division y reparticion de la propiedad.»

Este empeño de la prensa en querer persuadir á la so-
 ciedad de que en nada se rozaban las leyes llamadas de
 reforma con la sana doctrina del catolicismo, está demos-
 trando la mala impresion que en el pueblo habian causa-
 do las providencias dictadas, y el temor que habia de que
 sirviesen de motivo para dar impulso á las filas conserva-
 doras.

Como la misma mala impresion habian producido los
 continuos ataques á los altos prelados de la Iglesia, la
 prensa se esforzó en patentizar que aquellos no reconocian
 por origen ningun sentimiento de odio contra los minis-
 tros católicos, y para demostrarlo, estableció una distin-
 cion de clero alto y bajo, negando á aquel todas las virtu-
 des que al segundo concedia. Presentaba al primero co-
 mo resuelto á oponerse á las determinaciones del gobierno
 con respecto á las medidas dictadas con referencia á la

Iglesia, y al segundo como víctima de los obispos. A aquel, como digno del castigo de las autoridades: al segundo, como acreedor á las mas altas consideraciones de parte del mismo gobierno. «El gobierno supremo» decia el 15 de Enero un periódico de la capital, «está resuelto á obrar «con toda la energía y rectitud que las circunstancias «y la moral pública demandan, tiene, segun sabemos, el «firme propósito de hacer cumplir la ley, respecto á todos «aquellos dignatarios del clero que se opongan al cumpli- «miento de lo mandado por la autoridad, y pretenden ob- «servar hoy la misma conducta que antes han tenido. Es «lo menos que puede esperar. ¿No hay justicia plenísima «para reclamarles tanta sangre como han derramado, pro- «moviendo y fomentando la guerra civil que ha diezgado «á la república; encendiendo los odios, avivando los ren- «cores, santificando la matanza y pagando con el dinero «de los pobres á los tiranos, á los esbirros y á los asesinos «del pueblo? ¿No son ellos los autores y los responsables «de tantos crímenes cometidos? ¿Qué otra cosa pueden es- «perar sino medidas enérgicas, si hoy siguen observando «la misma mala conducta? El señor Ocampo, con una se- «veridad, con una energía, con un valor civil que hacen «de él un hombre muy superior, está resuelto á obrar con «toda la rectitud que el caso demanda, y á hacer salir de «la república á los que tantos males le han causado y «quieren seguirselos causando.»

1861. El instinto público creyó leer en la amena-
Enero. za que envuelve el párrafo que he transcrito, alguna próxima medida de rigor contra los prelados de la Iglesia católica. Para creerlo así, los católicos sabian que

el delito de que se les acusaba á los obispos, consistia en su resistencia á las leyes llamadas de reforma; y como estaban persuadidos de que opondrian la misma resistencia en tanto que no recibiesen autorizacion del Papa para acatar las disposiciones del gobierno respecto á lo concierne á la iglesia, autorizacion que no podrian recibir mientras no se celebrase un concordato, su destierro lo veian como seguro.

En aquella lucha de la idea nueva y la católica, en que cada uno tenia la conciencia de que su proceder era el justo; en aquella lucha en que las doctrinas modernas se iban abriendo paso, prometiendo á la sociedad bienes sin término, mientras otros juzgaban que la felicidad de los pueblos solo existia en lo hasta entonces establecido; en esa lucha de creencias encontradas en que cada partido tenia fé en la excelencia de la doctrina que proclamaba; en esa lucha, la prensa pudo prestar un gran servicio á Méjico, si, en vez de inspirarse en las pasiones de partido, que siempre han sido malas consejeras, y de pedir medidas de rigor contra los que diferian en ideas, hubiera propuesto la celebracion de un concordato que hubiera dado por resultado la paz, quitando así todo pretexto á la revolucion.

A nadie le ocurre cuando está interesado en la adquisicion de una hacienda, dirigirse al administrador de ella para pedir que la ceda en bien de alguna familia honrada. Solo su dueño, ó el que está autorizado competente-mente por éste, puede resolver cualquiera dificultad que se presente. Culpar al administrador y pedir que se le castigue porque protestase contra cualquier providencia

que se dictase para entrar en posesion de la propiedad, envolveria un acto á todas luces injusto.

En caso igual se encontraban los obispos. Ellos no estaban mas que encargados de la administracion de los bienes de la Iglesia: el Papa únicamente se hallaba investido de facultades para entrar en arreglos, y á él debió recomendar la prensa que se ocurriera para allanar todas las dificultades y tranquilizar las conciencias de los creyentes. Esta era la manera de establecer sólidamente la paz, de cortar la cabeza á la hidra de la revolucion, de establecer la armonía en la sociedad y de evitar los violentos choques religiosos, fecundos siempre en desgracias y dificultades. Hablo sin pasion, aunque con todo el cariño que me inspira aquel país que amo como mi segunda patria. Creo que á Méjico se le hubieran ahorrado males de notable consideracion, si desde el momento en que se juzgó conveniente desamortizar los bienes del clero, se hubiera apresurado D. Ignacio Comonfort á celebrar un arreglo con el Sumo Pontífice. El momento era aun oportuno al establecerse en la capital el gobierno de D. Benito Juarez; pero no lo creyeron así los hombres encargados de dirigir la nave del Estado, y las dificultades y la resistencia de los obispos continuaron como hasta allí.

1861. La prensa liberal, con el fin de matar la influencia del alto clero, abrazó la táctica de halagar al clero bajo que, por hallarse en mas contacto con las masas, podia, si se manifestaba dócil al gobierno, influir en que el pueblo adoptase sin titubear las leyes de reforma. El plan revelaba ingenio y destreza: se trataba nada menos que de poner en lucha al clero bajo con el

alto, desprestigiando así al segundo con el pueblo, y haciendo de aquel un instrumento dócil que apoyase con los católicos las miras del gobierno. El lenguaje usado por la prensa en pro del clero bajo no podia ser mas lisonjero. «El clero bajo», decia *El Monitor Republicano*, «ha sido la víctima primera y la mas oprimida del clero alto.

»Y en el clero bajo está la virtud, la santidad, la instrucción, la modestia, el espíritu evangélico.

»Para él tambien ha sonado la hora de la redencion y de la libertad.

»El verá que el partido liberal ama y respeta la virtud, y no persigue mas que á la ignorancia, al fanatismo, á la tiranía.

»Libre el clero bajo, será el apóstol de la civilizacion, y no instrumento de los altos dignatarios de la Iglesia.

»Libre el clero bajo será lo que eran los pescadores que rodeaban al Cristo.

»Que comprenda, pues, sus intereses, y ocupe el lugar que le está destinado en la sociedad.»

Aunque algunos sacerdotes se adhirieron á la nueva idea, preciso es confesar que fueron muy pocos; y que, de esos pocos, los mas se retractaron mas tarde, volviendo al seno de la Iglesia, haciendo infructuoso el empeño de la prensa liberal, propagadora de las nuevas ideas.

La resistencia, por lo tanto, de la mayoría del pueblo á la admision de las recientes leyes, siguió llevando á las filas conservadoras algunos descontentos, y las fuerzas disidentes empezaron á tomar creces cuando se habia creido que estaban aniquiladas. Muchos creyeron, sin embargo, que en cuanto llegase á la capital el presidente inte-